

## CAPÍTULO 12

### ¿Qué es el poder?<sup>1</sup>

Érase una vez un rey escocés juicioso y justo como pocos de los que se recuerdan en las tierras del Norte. La noble autoridad de Duncan era cuestionada, sin embargo, en el interior del país por sus enemigos, y en el exterior por los noruegos. Unas amenazas que desencadenarían rápidamente el conflicto. Como la edad del rey era demasiado avanzada para que pudiera tomar parte en la lucha, delegó este honor en dos de sus mejores generales: Macbeth y Banquo. Dos soldados que únicamente compartirían entre ellos el hecho de ganar la guerra gracias a su fuerza y destreza. Banquo era fácil de contentar porque no codiciaba nada, en cambio Macbeth, enardecido por su éxito militar, sólo pensaba en como podía concentrar más poder.

Mientras volvían a casa, sin haber podido celebrar su éxito, los dos guerreros se toparon con unas brujas que les hicieron unas revelaciones de lo más jugoso: a Banquo le pronosticaron que sería padre de un rey, mientras que a Macbeth le anunciaron que pronto ocuparía el trono. Un augurio que espolearía aún más su desmesurado deseo de poder.

Asesorado por la ambiciosa Lady Macbeth, el señor de Cawdor asesinó a traición al rey. El castillo de Iverness quedó mas vacío que nunca. Nadie se explicaba qué había pasad. Después de librarse del resto de sus rivales, Macbeth fue coronado en Scone.

Un éxito que no quería compaginar con la posibilidad, apuntada por el augurio de las brujas, de que el hijo de Banquo llegara a ser rey. No pudiendo transmitirle a su propio hijo la corona, odiaba a Banquo al mismo tiempo que urdía otro crimen: el asesinato de éste y de su hijo. Un objetivo que sólo consiguió parcialmente, porque el cachorro del leal general consiguió escapar de la emboscada que le habían preparado los sicarios del rey.

Lleno de dudas y remordimientos, la tragedia de Shakespeare nos plantea cómo Macbeth vuelve al lugar donde se había encontrado con las brujas, a la búsqueda de nuevas revelaciones. Obtiene tres: un aviso sobre el peligro del señor de Fife, Macduff, uno de sus rivales al trono; el anuncio de que sólo un hombre que no haya nacido del vientre de una mujer le podrá hacer daño y la constatación de que nunca será vencido hasta que el gran bosque de Birnam marche contra él por la colina de Dunsinane.

Tres elementos que parece tan imposible que se lleguen a dar juntos como por separado. Tres ingredientes, sin embargo, que rápidamente se combinarían: Macduff, el Nonato, organiza un ejército para asaltar el castillo de Macbeth protegiendo a sus soldados de las miradas de los vigías con las ramas de los árboles del bosque de Birnam. El resto es previsible: la espada de Macduff pone punto final a la ambición insensata de Macbeth, restituyendo al verdadero heredero del trono de Escocia, Malcolm.

---

<sup>1</sup> Capítulo extraído de Joseph Muñoz Redon, *El libro de las preguntas desconcertantes*, Paidós, Barcelona, 1999.

*Macbeth* es una de las tragedias más famosas de Shakespeare. Su historia es conocida por todo el mundo, incluso por aquellos que no han leído la obra, y es por eso mismo que adquiere el carácter ejemplar y primario que buscamos en los mitos. La obra se podría resumir en una sola frase: la ambición de un general que quiere gobernar un país. Igual que *Ricardo III*, la historia del conde de Gloucester, expresa el anhelo de dominio de los hombres. Gloucester, como Macbeth, elimina a todos los que se interponen entre él y el trono. Una misma estrategia sangrienta con la que quieren conseguir el reconocimiento social que no se han sabido procurar por ninguna otra vía. Pero los fantasmas que ellos mismos han creado acaban devorándoles.

La primera lección que nos proporcionan las dos obras no puede ser mas evidente: el poder es la forma que tenemos los humanos de administrar la violencia. Los reinos se ganan con sangre y fuego y se pierden de la misma manera, Es de esta manera como podríamos decir, parafraseando a Clausewitz, que la política sólo es la continuación de la guerra por otros medios. Un convencimiento similar al que plantea la antropología en nuestro siglo: los grandes hombres han sido seres sanguinarios. La retahíla de reliquias que cuelgan del cuello de los mejores guerreros demuestra suficientemente este hecho: dientes, cabellos, huesos, uñas, medallas, han servido para evidenciar la valía y el poder que atesoraban los mejores soldados. Una costumbre tan bárbara y eficaz como la que se extendió entre los aviadores en las dos guerras mundiales de nuestro siglo: estampar la figura de los aviones abatidos confería un poder que provocaba una comprensible admiración entre los compañeros y un no menos previsible temor entre los enemigos. El significado de las palabras, y por tanto el valor de las historias, como afirma la Alicia del cuento de Lewis Carroll, siempre depende de quien tiene el garrote.

La forma más evidente de conseguir y retener el poder es la coacción física, por ejemplo hoy con la policía y el ejército, aunque, como ahora veremos, tampoco es la única. La costumbre, origen de tantas desgracias, nos inclina a pensar que sin autoridad sería imposible vivir. Una necesidad enfermiza de jerarquía que sirve para ordenar –nunca mejor dicho– la vida. La tradición y la educación refuerzan este mismo planteamiento. Los jefes son aceptados porque siempre los ha habido. La existencia de la autoridad se plantea como un elemento tan natural como la transparencia del agua o la densidad del chocolate. La idea de poder vivir sin que alguien aparezca en nuestro cogote y nos diga qué tenemos que hacer, no sólo no se plantea, en la mayoría de las escuelas, ni de las familias, ni de los grupos humanos, sino que es considerada como un verdadero tabú ideológico.

Desde la infancia, el niño se somete a la autoridad paterna: ha de obedecer a sus padres. La sociedad reproduce esta misma estructura por todas partes: en las escuelas, en las empresas, en los hospitales, en las prisiones, en el ejército, en la Iglesia... A medida que el niño crece interioriza esta estructura convirtiéndola en uno de los fundamentos principales de sus convicciones.

Olvidamos con frecuencia, al recitar esta letanía de tópicos, que para que uno mande, detente la autoridad, tiene que haber alguien que dócilmente recoja sus deseos y los ejecute. El poder, por tanto, necesita siempre esclavos y por eso se preocupa de educarnos como a tales: siervos que escuchen, respeten y crean las órdenes. Hemos hallado muchas veces citada como ejemplo arquetípico de esta docilidad primaria de los seres humanos la actitud que adoptaron los judíos que murieron a manos de sus verdugos alemanes durante la segunda guerra mundial. ¿Por qué no se revelaron? ¿Cómo fué que aceptaron con la cabeza gacha su miserable destino? Sólo el miedo, el miedo a la muerte o, lo que es peor, al sufrimiento, puede explicar este comportamiento –el mismo miedo que permitió secuestrar y convertir al esclavismo a doce millones de africanos–. Un temor al que se tendría que sumar,

para entender realmente aquellos hechos estremecedores, si queremos ser justos, la escrupulosa disciplina con que los militares alemanes acataron unas órdenes, evidentemente injustas, y con las que se alimentó el terror insensato de los campos de concentración.

Theodore Zeldin habla, en su popular búsqueda en forma de libro de "la intimidación histórica", del "esclavismo voluntario" como uno de los sistemas más recurrentes con que los hombres han aniquilado su libertad de vivir: en el México azteca, donde la mayoría de los esclavos decidían serlo vencidos por la depresión o por el deseo de liberarse de sus propias responsabilidades; en Moscú, entre los siglos XV y XVIII, donde una décima parte de los ciudadanos se convirtieron en esclavos, superando así la cantidad de siervos a la de hombres libres, o en la actualidad, en Gran Bretaña, donde "los herederos espirituales de los esclavos voluntarios", una tercera parte de la población, afirma que antes prefieren hacer lo que se les manda que pensar por ellos mismos y asumir sus responsabilidades.

La sumisión es la forma más burda de expresión del poder, pero no la única. El orden establecido se mantiene, como hemos visto, gracias a la facultad de castigar a los que se desvían de las normas y premiar a los que las siguen mansamente. Pero también, y eso muchas veces lo olvidamos, el poder se perpetúa porque alimenta la identificación entre quien dicta las normas y quien las ejecuta o, y esto es más grave, porque las víctimas del orden establecido acaban interiorizando los valores de los que lo administran. Siguiendo el mismo ejemplo anterior, la primera humillación que se infligía a los prisioneros en los campos de concentración nazis, como explican los relatos de algunos supervivientes, era el intento de dañar su autoestima, destruirlos psicológicamente, alienar su capacidad de decisión, procurando que así asumieran los valores que el régimen reservaba a los reos.

Hay un experimento, clásico en el ámbito de la psicología social, que nos puede ayudar a entender los mecanismos de la dominación. Imaginemos la siguiente escena: se piden voluntarios para participar, ficticiamente, en una prueba sobre el efecto de la electricidad en la memoria (en realidad queremos medir el grado de obediencia de estos voluntarios); el experimentador tiene en cada prueba dos participantes en sendas habitaciones: uno hace el papel de "pupilo" y el otro de "profesor" (el sujeto real del experimento); cada vez que el primero no acierta una de las preguntas que le hace un falso examinador, el segundo ha de aumentar el voltaje de las descargas eléctricas que aquel sufre, de 15 a 450 voltios; al llegar a los 180, la víctima fingida de nuestras ínfulas científicas comienza a gritar, pero al "profesor" se le ordena que continúe aumentando la potencia hasta el nivel máximo. Un 65 % de los sujetos que recibieron estas mismas indicaciones, aún sabiendo que el conejillo de indias humano al que aplicaban las corrientes corría un supuesto peligro de muerte, las obedecieron sin titubear.

Los resultados de este experimento son tremendamente pesimistas y aleccionadores: una mayoría de personas obedecerá las ordenes, incluso en el caso de que se trate de hacer daño a otros seres humanos o a sí mismo (como también puede plantear la ristra de suicidios colectivos que se han dado estos últimos tiempos en algunas organizaciones de carácter sectario). Un ejemplo privilegiado de como la administración del poder, además del ejercicio de la violencia, necesita de la connivencia de sus víctimas: de las que administran directamente el jarabe de palo y de las que padecen en propia carne esta cruel gerencia.

Contra esta infamia se rebelaron los tres filósofos que han analizado más y mejor el tema del poder en la modernidad: Marx, Nietzsche y Freud. Marx, al anunciar la coacción económica, muy ligada a la coacción física, como uno de los factores determinantes que explicaba el origen y evolución de la sociedad y su no menos estentórea proclamación de la revolución como un acto de fuerza contra el poder establecido; Nietzsche, al caracterizar y criticar la moral de rebaño que ha impregnado toda la cultura occidental, la misma que

alimenta la publicidad, y plantear la necesidad de recuperar el ideal de vida clásico, la moral agonal, que reivindica en forma de voluntad de poder; y Freud, al analizar el sistema de dominio que todo individuo padece en el seno de la familia como consecuencia del yugo paterno y la receta, no menos conocida, de la necesidad de acabar, al menos simbólicamente, con esta férula, asesinando a su máximo responsable, el padre.

Pocos documentos literarios expresan tan bien los rasgos primordiales de este dominio en el ámbito familiar como la *Carta al padre* de Franz Kafka. El miedo y sus consecuencias se apoderan del protagonista de este relato hasta que consigue librarse de ellos gracias a la práctica de la escritura. Una epístola que sirve a quien la escribe para exponer todo lo que había querido decir sobre su padre y no se había atrevido nunca a verbalizar: el sentimiento de culpa, la frustración, la rabia, la impotencia que comporta la relación con el poder, aunque sea en el ámbito familiar. Una misiva escrita en 1919, a la edad de treinta y seis años, sincera, cruel, acertada, gracias a la que podemos comprender mejor alguno de los mecanismos del ejercicio de la autoridad y la realidad de la sumisión, que nunca llegaría a su destinatario.

Hubo una época en la que los miembros de mi generación también escribimos nuestra carta al padre, político en este caso, un dictador, llenando las paredes de las calles con una caligrafía gruesa y vacilante de reproches, insultos, amenazas, exigencias, condenas... Un momento en que también queríamos ganar la calle para la libertad de vivir y de pensar. En una de estas primeras manifestaciones se me rebeló el verdadero carácter del poder: los amos y los administradores del jarabe de palo en general, como los perros, huelen el miedo y reaccionan cuando lo detectan... Era de noche y nos habíamos refugiado en un bar para ahorrarnos las cargas de la policía, pero los "grises" comenzaron a desalojar los establecimientos de las cercanías. Una extraña fuerza, que algunos de vosotros, queridos lectores, podíais confundir con el valor, pero que era mucho más parecido a un raptó de imprudencia, me hizo abandonar aquel escondrijo. La huída hacia adelante me llevó del lavabo a cruzar en solitario y en silencio la barrera con que los policías protegían una boca de metro. Pude comprobar como el histerismo intensifica los sentidos: podía distinguir claramente el tufo de su loción de afeitar e incluso el intenso olor del betún de las botas de los "sicarios del capital", de tan cerca como los tenía. La proximidad, sin embargo, no me comportó ningún "contacto físico" porque, de repente, la barrera se abrió, cediendo a mi convicción de pasar, supongo que con la misma facilidad que las aguas del Mar Rojo ante Moisés, como mínimo en la versión de la historia firmada por Cecil B. de Mille. Segundos antes de que a toque de silbato un alud de porras se precipitara contra el local que acababa de abandonar...

Un alboroto imposible de imaginar en la utopía que nos describe Antoine de Saint-Exupéry, *El principito*, donde todos los gobernantes, o todos los que de alguna manera administran la autoridad, son tan inteligentes y amables como el soberano del asteroide 325. Un rey que sólo manda a sus súbditos lo que quieren hacer: "Porque el rey quería esencialmente que su autoridad fuese respetada. No toleraba la desobediencia de ninguna manera. Era un monarca absoluto. Pero como era muy bueno, daba órdenes razonables... Si yo mandaba, decía a menudo, si yo mandaba a un general cambiarse en pájaro de mar, y el general no obedecía, no sería culpa del general. La culpa sería mía.

—¿Puedo sentarme? —pidió tímidamente el principito.

—Te mando que te sientes, le respondió el rey, mientras recogía con gesto majestuoso el faldón de su manto de armiño".

Mientras este caso ideal sólo lo podamos encontrar en un cuento, no tenemos otro remedio que rebelarnos contra el dominio siempre que lo consideremos necesario o, al

menos, desatender sus recomendaciones si nos queremos ahorrar males mayores –sobre todo hoy que es tan evidente lo que una vez ya anunció Macbeth–. “Vosotros mandad, nosotros decidimos”, decía una pintada estudiantil. Sólo hay un placer superior al de no tener amos, no ser amo de nadie...

La vida no es más que una sombra que camina,  
un pobre actor que gasta humos y consume  
el poco tiempo que está en escena, y al que después  
ya no se le escucha mas;  
es un cuento contado por un demente,  
lleno de ruido y furia y sin ningún sentido.

*Respuesta breve:* ¿Qué es el poder? El poso de miedo que deja la docilidad en los tronos.

## **PARA CONTINUAR LEYENDO**

Kafka, Franz, *Carta al padre*, Madrid, Alianza, 1998